

La construcción del conocimiento en la investigación cualitativa

José A. Camacho Zamora
Instituto de Estudios Latinoamericanos

• *“Cualquier camino es sólo un camino, y no es vergonzoso, ni para uno mismo ni para los demás, abandonarlo si así te lo dicta el corazón... observar detalladamente cada uno de los caminos, ponlos a prueba tantas veces como lo creas necesario. Luego pregúntate a ti mismo, y sólo a ti mismo, lo siguiente: “¿tiene corazón este camino?”, y si lo tiene, el camino es bueno, si no lo tiene, no sirve para nada.”*

Carlos Castañeda: “Las enseñanzas de Don Juan”

Resumen

Se elaborarán algunas consideraciones en relación con los procedimientos utilizados en la construcción del conocimiento propio de la investigación cualitativa, con base en los postulados epistemológicos desde sus orígenes en el pensamiento positivista clásico de la ciencia occidental, analizando algunas nociones como sujeto, objeto, objetividad, subjetividad, tiempo histórico y tiempo convencional, y sus interconexiones.

Palabras clave: investigación cualitativa, conocimiento, epistemología, positivismo.

Abstract

The author elaborates some intellectual considerations in relation to proceedings that are needed for the construction of knowledge in qualitative investigation, based on epistemological postulates from their origin in the classic positivistic thought of western science, by analyzing several notions like subject, object, objectivity, subjectivity, historical time, and conventional time, and their inter-connections.

Keywords: qualitative investigation, knowledge, epistemology, positivism.

1 El doctor Camacho falleció en agosto de 2013, en Grecia, su ciudad natal, en Costa Rica, donde disfrutaba de su jubilación. Este documento forma parte de una serie de artículos inéditos que escribió el distinguido profesor y catedrático.

Introducción

Asistimos, en los tiempos que transcurren, a un cambio paulatino pero inexorable en las corrientes del pensamiento del occidente europeo que nos lleva a dilucidar actitudes que de alguna manera se contraponen a los principios de la episteme que ha caracterizado a ese Occidente particularmente durante los últimos doscientos años, es decir lo que históricamente ha sido llamado el período de la modernidad (Vattimo 1985, Habermas 1981). Modernidad cuya visión de mundo está acoplada a la estructura del mercado capitalista y es complementaria de su desarrollo y expansión.

Obviamente, existe una especie de nueva consciencia acerca de los límites de la explicación y la previsión científica y de la necesidad de examinar con otras ópticas los espacios de la cotidianidad y de la trascendencia. Los discursos hegemónicos, tanto en el campo de la ciencia, como en el de la historia, de la ideología y de la política ha perdido terreno y credibilidad. La crisis ecológica pone en evidencia los límites del llamado progreso como un movimiento de transformación infinita. La ciencia pierde entonces su principio de certeza absoluta y deja de ser el motor del progreso. El feminismo ha puesto en entredicho toda una serie de “verdades” no cuestionadas en el discurso patriarcal y la visión de mundo del Occidente, y las bondades

mismas de la participación plena en las estructuras de gobierno democráticas, que durante mucho tiempo han excluido prácticamente a la mitad de la población de cada sociedad sólo por asuntos de género.

La emocionalidad, la diferencia, la primacía de lo individual sobre lo colectivo, lo definido como irracional, los microcosmos, retoman los espacios de la *ratio* occidental de la modernidad que creó las totalidades y los absolutos. Esas nuevas actitudes y esa visión del mundo son lo que Habermas (1981), Lyotard (1992) y Vattimo (1985), entre otros, han llamado la visión de la Posmodernidad, o de la *Sobremodernidad* para algunos (Augé M. 1994). Este discurso de la posmodernidad y la ideología que le acompaña buscan realizarse en la diferencia, en lo relativo, en el rechazo de las grandes teorías explicativas acerca del mundo físico, acerca de los seres humanos y acerca de los sistemas sociales que construimos. La posmodernidad alienta, en ese sentido, la reafirmación del sujeto, la constitución y la manifestación de saberes diferentes a los de la ciencia occidental, de otras visiones del mundo, de distintas maneras de pensar y de ser, y alienta también el derecho a manifestarlos.

En este contexto trataremos de hacer algunas breves consideraciones acerca de los procedimientos utilizados en la construcción del conocimiento que

caracteriza a la llamada investigación cualitativa. Estas consideraciones, para darles inteligibilidad, deberán tener una referencia constante a los postulados epistemológicos que le dieron un sustento y una legitimidad a los principios de la perspectiva positivista clásica de la ciencia occidental. En consecuencia, nos apoyaremos inicialmente en las argumentaciones de Descartes y de otros pensadores y científicos positivistas clásicos como R. Boyle (Shapin 1984, Shapin & Schaffer 1987) para contraponerlos a los postulados de la investigación cualitativa, con el propósito de poder explicar la naturaleza, objetivos y alcances de la construcción de este conocimiento. Al mismo tiempo utilizaremos la descripción de algunos aspectos que le dan un sentido de diferenciación a la llamada nueva ciencia (Briggs & Peat 1996), referida tanto a los campos de las ciencias de la naturaleza como a las humanas y sociales. A tales efectos nos resulta indispensable el analizar algunos conceptos o nociones como los son las de sujeto, objeto, objetividad, subjetividad, tiempo histórico y tiempo convencional, así como las interconexiones de todos ellos en el discurso ideológico de la ciencia positivista.

El Sujeto

La noción de sujeto es sumamente controvertida y polisémica en el horizonte de los discursos de la

modernidad, particularmente en lo que atañe a la construcción del saber llamado científico. Sin embargo, es esta la que ha servido durante muchos años para justificar la legitimidad de este saber como el único legítimo. De la misma manera, para atribuir y valorar desigualmente las características o los atributos de género, para deslegitimar cualquier saber de las ciencias humanas si este se aleja del modelo científico legitimado, y para justificar la creación artificial de las famosas dos culturas.

El sujeto, en la visión del Occidente de los últimos doscientos años, es a la vez evidente y no evidente. Es una disyunción, en el paradigma de la cultura occidental de la modernidad. Este paradigma, aunque no fue inventado por Descartes, quizá es el que mejor lo ha formulado (Morin 1994). Para Descartes existían dos mundos. Uno que era importante para el llamado conocimiento objetivo o científico: *el mundo de los objetos*. Otro mundo que compete a otros tipos de conocimiento, un mundo intuitivo, reflexivo: *el mundo de los sujetos*. Esto nos da como resultado, por un lado, las ciencias, las técnicas, las matemáticas. Por otro lado, el alma, el espíritu, la filosofía, la literatura, el arte. Vivimos, en el contexto de la modernidad, dentro de esa oposición como valores absolutos pero complementarios. Como consecuencia, al interior de la ciencia clásica, el sujeto, como subjetividad, aparece

como una contingencia, como una fuente de errores. Por estas razones, la ciencia clásica excluyó paulatinamente al observador de su observación, al pensador que construye conceptos de su propia concepción, como si este fuese no existente o habitara la mansión de la verdad absoluta y suprema (Morin E. 1994:68).

La trayectoria de la objetivación del sujeto en la producción del saber de la ciencia occidental ha sido una preocupación y reivindicación constante a lo largo de su constitución misma (Daston 1992, Fox Keller 1990). Acorde con Daston la historia de la objetividad no es lineal, pues aparece salpicada de resistencias, de angustias, de alteraciones radicales en la significación misma del concepto. Hasta el siglo XVII, como lo señala la misma autora, el término tenía un significado muy distinto del actual. No se refería en modo alguno a un estado mental, sino a los objetos de pensamiento y percepción, llamados “efectos de la Naturaleza” por Hobbes. El término “objetivo” adquirió su sentido contemporáneo en el siglo XIX como algo ajeno a toda perspectiva, una visión desde ninguna parte, un conocimiento sin sujeto cognoscente (Fox Keller 1990:151). La estrategia intelectual y el medio material a partir de los cuales el yo personal o el yo pensante del cogito cartesiano pudo ser separado del yo físico fue el desarrollo de los artefactos de detección y de medida definidos por Prigogyne

(1994) como las interfases entre mente y materia. El sujeto científico que viene a ocupar el lugar del actor corpóreo, del intérprete y de quien escribe en última instancia los informes científicos es un “metasujeto” invisible, autónomo, virtual. En consecuencia, si el sujeto original no puede ser significado en el nuevo esquema de representación de la ciencia positivista, el metasujeto sí que puede. Su signo es el dispositivo mecánico de detección reproducible y representable. Es una máquina presente en el espíritu, un sustituto que no está en lugar del sujeto cognoscente y agente sino en el de su ausencia (Fox Keller 1994:159). Esta es una obsesión y una quimera que llega a preocupar hasta los más conspicuos científicos del siglo XX. Siguiendo las argumentaciones de Fox Keller (1994:164-165) nos preguntamos ¿Cómo se representa el sujeto en la perspectiva de la producción del saber en la biología molecular? Francis Crick al hacer sus observaciones acerca de “la computadora analógica de la naturaleza” incluidas en su obra “De moléculas y hombres”, nos dice “El sistema en sí mismo opera a una velocidad fantástica... Además, la naturaleza conoce las reglas con más precisión que nosotros. Pero seguimos confiando, sino en vencerla en su propio juego, al menos en comprenderla...” (1966:12). En este enunciado el sujeto “nosotros” no forma parte de la computadora de la naturaleza sino que está a su lado, y hasta confía en ser superior. Se reproduce

indiscutiblemente un distanciamiento entre el orden de la naturaleza y el “metasujeto” científico por su especificidad no corpórea y virtual.

Además de los conceptos de sujeto y objeto, así como sus adjetivos, otro aspecto fundamental en los postulados de la ciencia positivista es la concepción del tiempo en dos vertientes: el tiempo real o histórico y el tiempo convencional o reversible de las ciencias. El tiempo real o lineal es aquel irreversible que hemos aplicado al estudio y descripción de los fenómenos socioculturales e históricos. El tiempo convencional o reversible en el tiempo de la física y de las otras ciencias “naturales”. No obstante, el mismo Ilya Prigogyne (1994) ha manifestado la imposibilidad de seguir manejando el principio del tiempo convencional en algunos experimentos de mecánica cuántica.

Posteriormente asistimos a la imposición de esos principios de la científicidad clásica, en la mayoría de los discursos de las ciencias humanas y sociales, durante la primera mitad del siglo XX. Con los extremos de diversas corrientes, se expulsó al sujeto de las disciplinas más relevantes. De la psicología, dejando en su lugar comportamientos, estímulos, y respuestas. La historia volcó su atención en los determinismos sociales, eliminando la toma de decisiones, las personalidades, y la cotidianidad de los individuos de carne y hueso como sujetos.

La antropología se concentró en las estructuras y la sociología se dedicó al análisis del poder y la desigualdad sin que los actores sociales apareciesen realmente en escena. Cada uno a su manera y en diferentes momentos: Lacan, Lévi-Strauss, Foucault, Althusser o Barthes, liquidaron la noción de sujeto. La perspectiva científica, y la estructuralista, en acción mimética, buscaron –al inverso de Freud– suplantarlo o liquidarlo para hacer aparecer en su lugar el ello.

Pero si bien es cierto que esta visión es aún vigente en muchos campos, su existencia no parece tener larga vida. Los desarrollos en algunas disciplinas como la neurobiología molecular en los estudios del cerebro, promete converger con el problema de la conciencia arrastrando al propio científico hacia las profundidades de la máquina que ha creado. En ese punto, el anclaje que hasta ahora le proporcionaba un sujeto cognoscente que tenía una precedencia residual amenaza con desintegrarse por completo.

Con la aparición de una nueva ciencia de la inteligencia artificial y de las tecnologías derivadas, la realidad virtual y la robótica, pareciera que se requiere un nuevo tipo, distinto, de subjetividad. En efecto, de la ciencia de la informática y la telemática ha salido un nuevo discurso que tiene tan poca necesidad del “yo” o del “nosotros” hipotéticos de la biología molecular

como tenía el discurso de la física clásica de recurrir a la idea de Dios. En su lugar ofrece la promesa de una mente que es capaz de existir sin el cuerpo. Esta mente es espacial y banalmente corpórea: un banco de controles e interruptores que se autorregulan y no necesitan de ningún agente externo que los mantenga (Fox Keller 1994).

Esta nueva clase de subjetividad, desembarazada de sus amarras, no es un desvío o cambio sino la culminación de los trescientos años de la lógica de la representación en la que se ha anclado toda la tradición de la modernidad. Es el punto final de un sistema semiótico en el cual “lo propios signos del sistema se vuelven creativos y autónomos. Las cosas en definitiva son “reales”, o sea, los números, escenas visuales y bienes materiales (y ahora podemos agregar las máquinas) son precisamente lo que el sistema permite que se presente como tales. El sistema deviene la fuente de la realidad, articula lo que es real, y a la vez provee los medios para “describir” esta realidad como si fuera un dominio exterior y previo a sí mismo...” (Rotman 1987: 28).

No obstante quizá hoy todavía es posible que los seres humanos logren articular cierta sensibilidad y desarrollen resistencias contra esta particular visión de mundo ultramoderna. Una sensibilidad posmoderna que insistirá en que la ciencia del cuerpo y la ciencia de la psique, ya desaparecidas,

borradas quizá, tomen la responsabilidad de la restauración no sólo de las relaciones entre los objetos de la representación, sino también entre la iniciativa y la acción humanas de los sujetos que son los autores de estas representaciones.

Dentro de esta perspectiva de la nueva ciencia enmarcaremos las consideraciones que siguen en cuanto a la construcción del conocimiento en la investigación cualitativa y el papel del sujeto en esas tareas.

Los orígenes

A la investigación cualitativa se le reconoce como producto derivado principalmente de las actividades de disciplinas como la etnografía de la antropología social y cultural (Spradley 1979, 1980, Bernard 1989, Camacho & Pardo 1994), la etnometodología y la sociología del interaccionismo simbólico (Joas 1990). Curiosamente estas fueron durante mucho tiempo consideradas como parientes pobres y productos marginales por otros enfoques y por la clásica visión científica positivista prevaleciente. Se elaboró a lo largo del tiempo casi como un saber esotérico. En ese sentido su aprendizaje, su manejo, y su evaluación constituyeron el campo de acción y de producción intelectual de una minoría de conocedores. No es sino a partir de situaciones socioculturales más recientes, en las que la infalibilidad y

la naturaleza del saber adquirido por medio de la ciencia positivista han sido puestas en tela de duda por sus mismos hierofantes (Balandier 1989, Capra 1985, Prigogyne 1994), que la curiosidad de la moda, el deseo de innovaciones y, en menor medida, el convencimiento de que este tipo de enfoque puede aportar nuevas luces a los saberes y los quehaceres del fin del segundo milenio, por lo que se le busca aplicar al análisis de situaciones diversas en contextos múltiples y diferenciados (Denzin & Lincoln 1994).

No obstante, en términos de herencia del enfoque positivista más que de una teoría del conocimiento, aspectos como la objetividad, la validez y la fiabilidad, continúan siendo puntos de interrogación y de confusión para los que se inician en este tipo de análisis o buscan interpretarlo a partir del paradigma positivista clásico. Asimismo, sus límites y posibilidades de aplicación constituyen preocupaciones no menores para especialistas en diferentes campos que desean utilizarle con el propósito de lanzar nuevas luces o conocimientos complementarios sobre sus dominios intelectuales, o simplemente por actualizarse y estar a la moda.

Además, los procedimientos y las técnicas, tienden usualmente a ser pensados, conceptuados, estudiados y comparados con los del modelo positivista. Esto a veces da como resultado grandes confusiones y desemboca en

una pretendida subordinación, muchas veces no confesa, del enfoque cualitativo al enfoque cuantitativo, como reflejo o reproducción de las relaciones de poder que le son inherentes. Confusiones que tienen que ver con la manera de organizarse para proceder al momento de la investigación, a la planificación del trabajo sobre el terreno, a la posibilidad de planteamiento de hipótesis, los que siempre se refieren al modelo positivista clásico, visualizado siempre como el único paradigma científico posible y verdadero (Altheide & Johnson 1994). Con el propósito de aclarar de una forma muy somera algunos de estos aspectos, analizaremos las especificidades de la investigación cualitativa en lo que respecta a los elementos más relevantes de su constitución.

La investigación cualitativa depende fundamentalmente de la observación, por parte del investigador como instrumento principal, de personas en sus propios escenarios e interactuando según los propios términos del grupo y acorde con su lenguaje usual. Hablando en términos puramente técnicos una “observación cualitativa” identifica la presencia o ausencia de algún tipo de fenómeno, en contraste con una “observación cuantitativa” que implica una medida del grado en que algún rasgo está presente. Para identificar, el observador debe saber y describir lo que califica como ese fenómeno o esa clase de fenómeno. Se desprende de

esta sumaria conceptualización que la investigación cuantitativa denota cualquier investigación basada en un método en el que el empleo de la medida es el núcleo fundamental que le permite llegar a cierto tipo de conclusiones desplazando el sujeto como factor de subjetividad (Adler & Adler 1994) y en la que los sujetos interactuantes como elemento fundamental en las condiciones y especificidades de la producción del conocimiento están ausentes o cosificados, es decir, “objetivados”.

Por otro lado, la “cualidad” connota lo esencial, como la cantidad lo hace respecto al grado, frecuencia o medida de una cosa. Acorde con esta perspectiva –también sumaria– la investigación cualitativa denota cualquier investigación caracterizada por el empleo de un método en el que lo fundamental es el poner en evidencia las relaciones entre ciertos elementos o fenómenos atinentes a las actividades de ciertos grupos de seres humanos como sujetos y sus interacciones con el investigador en tanto y cuanto sujeto pleno de subjetividad.

Desde un punto de vista pragmático la investigación cualitativa implica un compromiso con actividades de observación sobre el terreno y de interacción con los sujetos con los que se trabaja, y no un compromiso con análisis de tipo positivista como la materia prima sobre la que se apoya el investigador para plantear sus

conclusiones. La investigación cualitativa es entonces un fenómeno socialmente ubicable, definido por su propia historia sociocultural y no simplemente una especie de “saco de residuos” que comprendería todo aquello que no es cuantitativo, pero que analizaría y describiría siguiendo el modelo del paradigma positivista. Sus diversas expresiones incluyen hoy día la inducción analítica, el análisis de textos como crítica, la semiótica, la hermenéutica, las historias de vida, y más recientemente el manejo de archivos, informática y análisis estadísticos, como datos de apoyo a la observación y a la entrevista; o sea, como posibilidades de triangulación.

En lo que se relaciona con la objetividad que puede tener este tipo de análisis debemos decir, primero que todo, que como lo han establecido ya muchos autores (Capra 1985, Habermas 1988, Gadamer 1975-1984, Popper 1985, Piaget 1986) este es un término ambiguo. En un sentido se refiere al supuesto heurístico, común en las ciencias naturales, que todo el universo puede –en principio– ser explicado en términos de causalidad. En las ciencias sociales y humanas este supuesto a menudo parece no tener validez, ya que lo que los científicos sociales tratan de explicar es la consecuencia de actos realizados por los actores sociales como resultado de escogencias existenciales subjetivas y la racionalidad inherente a esas escogencias (Morse 1994).

En otro sentido, la “objetividad” se refiere al hecho de correr un riesgo intelectual, el riesgo de que se nos demuestre que algo que afirmamos está equivocado. El modelo popperiano del método hipotético-deductivo ilustra este tipo de connotación (Popper 1985). Acorde con este planteamiento el científico prepara la prueba de teorías derivando de ellas hipótesis que pueden en principio resultar falsas al aplicarlas al mundo exterior. Este modelo contrasta la empresa científica con otras (como el arte y la ética) en las que los practicantes no someten rutinariamente sus teorías a esta suerte de riesgo empírico, o a las demostraciones de refutación del mundo empírico. Someten sus argumentaciones a las críticas, observaciones y plausibles refutaciones formales de sus adversarios intelectuales.

Es en este último sentido que la investigación cualitativa ha concebido siempre la objetividad. Un compromiso con la objetividad no implica desde la perspectiva cualitativa un deseo de “objetivar” el resultado del estudio por una exagerada medición, la expresión formal de los procedimientos intelectuales, o para facilitar las relaciones sociales autoritarias al tratar a los seres humanos como si fueran ciertos rasgos o fenómenos que tienen que ocurrir de una u otra manera. Esta perspectiva no supone entonces ninguna radical visión positivista del mundo, por lo que enfáticamente

elude la búsqueda de cualquier verdad final o absoluta, prefiriendo dejar estos asuntos a los filósofos o a los teólogos (Lyotard 1989).

Así, los supuestos que subyacen en la búsqueda de objetividad son simples. ¿Hay un mundo de realidad empírica ahí fuera de nosotros? ¿Existe una realidad antes de nosotros y sin nosotros?

La manera en que percibimos y entendemos ese mundo depende ampliamente de nosotros como grupo organizado, como conjunto cultural.

La ciencia natural, positivista, aunque es plural, ha estado como lo analizáramos con antelación fuertemente comprometida con ese tipo de objetividad (Piaget 1986). Al igual que la ciencia natural, la investigación cualitativa es pluralista. Una variedad de modelos de estudio o de análisis puede ser aplicada a la misma situación con propósitos diferentes. Un ser humano puede ser visualizado, aun desde una perspectiva denominada cualitativa, como una cierta masa y tamaño por un ingeniero, como un nudo de neurosis por un psicólogo, como una especie de cuenta bancaria con deseos por un economista, una manera de ver el mundo y de representar la lógica social, es decir la ideología de un grupo humano, por un antropólogo (Hamilton 1994).

La visión de los seres humanos es naturalmente binocular, por lo que poder

ver simultáneamente la misma cosa desde más de una perspectiva nos da una comprensión más amplia de este aspecto. Asunto que como lo demuestran diferentes autores (Gadamer 1984, Habermas 1986, Piaget 1986) aplicamos a la inferencia no científica de nuestra actividad cotidiana.

A pesar del prestigio y el éxito de la ciencia natural como ciencia positivista, en los tiempos presentes, la aplicación de sus principios como modelo para las ciencias sociales y humanas no es inevitable. Muchos han argumentado que la ciencia social tiene un conjunto diferente de objetivos que reclaman una colección de métodos alternativos separados de los de la primera. Otros sostienen que los más recientes desarrollos de las ciencias naturales desacreditan las nociones fundamentales de sus inicios, como la objetividad, por lo que tampoco es una necesidad absoluta o imperativa seguir su camino (Capra 1985).

Sin embargo, las ciencias naturales y sociales comparten una aspiración por un conocimiento colectivo acumulativo que es de interés por sus propios méritos para otros seres humanos más allá de los amigos y admiradores de quienes lo producen. Esta meta es exactamente lo que podemos considerar, desde una perspectiva más amplia que la positivista tradicional, la objetivación de la subjetividad.

En las ciencias naturales la objetividad se obtiene de dos maneras. Primero, la experiencia se presenta de forma tal que es accesible a los otros. Segundo, los resultados del experimento son expuestos en términos de variables teóricamente significativas, medidas de una manera que están en sí mismas justificadas en términos de teorías relevantes. Aunque estas últimas no son más que el resultado de discursos no contrastables ni mensurables, y por lo tanto del ámbito de lo subjetivo y de lo cualitativo.

A pesar del predominio de la óptica positivista en lo que concierne al principio de objetividad, nadie defiende seriamente en las circunstancias actuales tal ontología. No obstante, los estudiosos atentos a la construcción cultural de los aspectos sociales (incluyendo la ciencia social) señalan que mucha investigación (particularmente la investigación no cualitativa) adquiere sentido únicamente en términos de conjunto de supuestos positivistas no examinados, por lo que parecen más pertenecer al mundo de la metafísica.

Muy a menudo, estos supuestos se apoyan en la “naturalidad” de los procedimientos de medida que se emplean, tratando conceptos analíticos como si fuesen hechos, por lo que caen en la bien conocida falacia de la reificación. La prueba de hipótesis no es la única actividad de investigación

en cualquier disciplina científica. En realidad, los descubrimientos más dramáticos necesariamente ven la luz de otra forma, porque para probar una hipótesis el (la) investigador(a) debe conocer de antemano qué es lo que va a descubrir. En el campo de las ciencias sociales, los científicos han llegado a reconocerlo en décadas recientes, la prueba de hipótesis es apropiada para una muy pequeña proporción de las interrogantes que se plantean.

Cierto tipo de investigación cualitativa, en consecuencia, ha retenido siempre los ideales propios de la investigación basada en la prueba de hipótesis, la racionalidad, y el riesgo de la prueba empírica de las teorías, como una manera más confiable de sistematizar el conocimiento. Pero, siendo básicamente exploratoria, explícitamente parte de ciertos principios del modelo hipotético –deductivo, sin que esto determine sus actuaciones en el campo de trabajo de la misma manera o como una copia fiel de las características de los procedimientos cuantitativos. Es decir, se maneja, por parte del investigador, un corpus teórico y ciertos supuestos con los que se aproxima al mundo exterior, pero de una manera flexible, no amarrado por una camisa de fuerza de una prueba inicial y única de hipótesis planteadas a priori, y cuyo fin último es el de “medir” frecuencias de variables y establecer correlaciones significativas entre ellas.

Un rasgo atractivo de la colución científica es que, según Piaget (1986), es una extensión del ordinario proceso de inferencia que la gente usa todos los días. Dilthey (1986:186) señalaba que es imposible dar cuenta de la realidad observada en la interacción humana sin reconocer que los seres humanos tienen una capacidad innata para entenderse unos con otros. Así, el buscar una objetividad cada vez mayor es tanto una parte de la inferencia social cotidiana de la gente como lo es su también cotidiana inferencia física. Así, a partir de estos antecedentes, podemos argumentar de manera más amplia acerca de la objetividad tal como se le visualiza entre los practicantes de la investigación cualitativa.

El método, entre más difuso y menos focalizado sea, mucho más versátil será su desempeño. Este es un argumento básico en la valoración del método cualitativo. Normalmente, el investigador cualitativo llega a su escenario de trabajo con un bagaje teórico considerable pero con una idea muy reducida de lo que podrá acontecer después. Con el uso de la teoría, el sentido común, y cualquier otro recurso a mano; el (la) investigador (a) intenta primero que nada adaptarse a la situación en la que se encuentra, y de segundo, lograr una confianza entre los sujetos interactuantes que le permita realizar la observación y la entrevista de una manera adecuada.

Las relaciones primarias, el contacto rutinario con la gente a lo largo del período de investigación le permiten el contraste continuo de sus hipótesis emergentes o de trabajo y de manera cada vez más depurada en la pragmática rutina de la vida diaria. Este tipo de “método” es inusualmente sensible a las discrepancias entre los significados presumidos por el (la) investigador(a) y los que entienden los componentes de la población estudiada. En realidad, esta es una de las razones por las que la investigación cualitativa ha sido un método dominante en el estudio antropológico, en el que es evidente que el (la) investigador(a) asume sus propios riesgos acerca de la definición de significados, situaciones y atribuciones. Debido a esta particular sensibilidad, el trabajo de campo intrínsecamente posee cierta clase de validación que no poseen los métodos no cualitativos.

Así, la validez “automática” del trabajo de campo cualitativo ha contribuido a la imagen romántica del antropólogo clásico luchando para sobrevivir en circunstancias de máxima dificultad física y social, que no necesita probar otra cosa más que el haber estado ahí. Es decir, hacer que su relato sea creíble. Por tanto, este último procedimiento obedece fundamentalmente a un principio de superestructura narrativa otra que la que caracteriza los informes científicos de tipo positivista (Geertz, 1989). En la medida en que métodos de confirmación son usados

para probar las inferencias de la investigación cualitativa, casi siempre son utilizados rápidamente y de manera informal, por lo que no constituyen proyectos de investigación en sí mismos, y pertenecen más al conjunto de la recolección de datos que a la fase de análisis de la investigación.

El (la) investigador (a) cualitativo (a) en el campo simplemente no posee los recursos para controlar “todas las variables relevantes” en el caso de que use técnicas estadísticas. Las herramientas del investigador están esencialmente restringidas a aquellas que pueden perfectamente ser escritas en el dorso de un sobre corriente. Primero que todo y antes que nada el (la) investigador (a) está en su trabajo de campo a merced de la visión del mundo de los sujetos con los que interactúa para realizar su estudio. No tenemos entonces, dentro de la perspectiva de la investigación cualitativa, ninguna otra tecnología para hacer posible esta clase de validación, que la frecuente interacción personal en largos períodos de impregnación social. Nunca podemos estar totalmente seguros de que entendemos absolutamente todas las implicaciones culturales de cualquier cosa, pero el (la) observador (a) inteligente y sensible provisto (a) con una buena orientación teórica y una buena interacción durante un período largo es la mejor prueba de validación que podemos hacer.

En las condiciones actuales, el trabajo de campo –en el orden de la investigación cualitativa– constituye un atributo muy importante en el entrenamiento del o la investigadora, y el implícito requerimiento de este trabajo de campo virtualmente basta para distinguir ciertas disciplinas de otras. Lo que los mejores etnógrafos han logrado, entonces, es poder representar y transmitir el sentido de la experiencia y la lógica social de los grupos estudiados en un lenguaje que trasciende la experiencia cultural específica tanto de esos grupos como de los lectores de sus trabajos. En esa dirección, mucho de lo que se ha descrito como etnografía interpretativa deliberadamente emplea conceptos no tan distantes de la propia experiencia de su posible público.

Otros etnógrafos ligan sus interpretaciones a esquemas teóricos bien desarrollados y a menudo difíciles. Tal es el caso de Malinowski (1927) con la teoría psicoanalítica, al igual que la escuela de Cultura y Personalidad en Norteamérica (Mead 1928, 1930; Benedict 1934, Linton 1945), Lévi Strauss con el modelo fonológico estructural (1968), Geertz (1991) con el de la Semiótica de R. Barthes (1976), o la teoría de Derrida (1974, 1989) de la desconstrucción y la intertextualidad en la llamada antropología posmoderna norteamericana (Geertz et al 1991). En cualquiera de los casos, lo que se busca fundamentalmente es la validación de las investigaciones a partir de modelos

que han sido probados en otros campos del saber humano con el propósito de lograr a la vez una validez instrumental y una validez teórica.

La investigación cualitativa postula como principio básico que no puede haber una etapa de teorización adecuada de la realidad social si no se parte en última instancia de una apreciación lo más objetiva posible de esa realidad, es decir sin la mediatización de supuestos totalmente pre-elaborados. Por tales razones los planteamientos metodológicos de la investigación cualitativa tienden a ser, por definición, mucho más flexibles en la planificación de las actividades sobre el terreno que los otros enfoques de orden no cualitativo. Esto no implica que no exista un manejo de aspectos teóricos que guían de diversas maneras la apreciación por parte del (la) observador (a) de los elementos del mundo sociocultural bajo estudio. Sin embargo, contrario a lo que acontece en los enfoques cuantitativos, la investigación cualitativa no utiliza el planteamiento previo de hipótesis en la formulación de sus trabajos. El principio que sustenta esta posición es el de que las lógicas sociales y las visiones del mundo que se van a estudiar no son conocidas para el (la) observador (a), y por lo tanto sus actividades iniciales han de ser de carácter exploratorio, para llamarle de alguna manera. Se plantea en consecuencia la formulación de premisas orientadoras,

respetando el principio de considerarlas como elementos plausibles y no decididamente determinantes de un cierto orden de fenómenos.

Posteriormente, una vez asentado en su terreno de observación, el (la) investigador (a), a partir del corpus teórico que maneja y en su relación dialéctica con el entorno estudiado, procederá a la formulación de hipótesis emergentes, que paulatinamente irá comprobando a lo largo de su estadía sobre el terreno y acorde con procedimientos que deberá formular en esas mismas circunstancias. Esto se sustenta en el principio de que la investigación cualitativa no busca alimentar con observaciones y datos del universo estudiado categorías preestablecidas de acuerdo con la experiencia y la mentalidad del (la) observador(a). Por el contrario, busca poner en evidencia la manera en que los sujetos estudiados categorizan, jerarquizan, clasifican y visualizan el mundo en que están insertos. Lo que se busca es dar cuenta de las lógicas sociales de los sujetos estudiados y de los valores que las sustentan, no de la sociedad o grupo de origen del(a) observador(a).

Podemos afirmar que históricamente la metodología de la investigación cualitativa se derivó del hecho de que los grupos sociales (las llamadas sociedades primitivas) eran prácticamente desconocidas desde el punto de vista de la cultura de la sociedad

del (la) observador(a) cuando se le dio inicio a su estudio sistemático. Como lo afirma M. Guevara (1989), en tales condiciones era muy difícil o prácticamente imposible un estudio de tipo cuantitativo como lo hubiese deseado el positivismo reinante de finales de siglo XIX. Así, definida de alguna manera en sus principios como “pariente pobre” de la ciencia, la etnografía logra sacudirse rápidamente de su dependencia para erigirse en un método de conocimiento propio, alternativo al método cuantitativo de otras disciplinas sociales. Aunque algunas corrientes antropológicas se plegaron posteriormente a los modelos de corte positivista, una cierta etnografía ha logrado demostrar a lo largo de los años y de la experiencia acumulada que la aprehensión de los universos socioculturales a partir de la perspectiva cualitativa de los hechos sociales posee tanta o mayor potencialidad explicativa que los análisis ubicados en la perspectiva cuantitativa. Por lo tanto, es importante tener en cuenta que la investigación cualitativa debe vislumbrarse como una alternativa en el estudio de los mundos socioculturales, y particularmente como el único procedimiento viable para dar cuenta de las estructuras que caracterizan las lógicas sociales de alteridades ajenas a la experiencia cultural primaria o inmediata del (la) investigador(a) (Camacho 1996, Camacho & Pardo 1994). No debemos por lo tanto concebirle como un elemento subordinado o de

menor categoría que los enfoques cuantitativos, o que deban ser complementados por éstos para obtener validez. La perspectiva cualitativa es otra manera de ver las cosas y de explicarlas, que puede ser complementaria, pero no es ni incompleta ni subordinada en relación con el enfoque cualitativo.

Bibliografía

- Adler & Adler (1994): "Observational Techniques". Denzin & Lincoln: Handbook of Qualitative Research. London, Sage Publications.
- Altheide & Johnson (1994): "Criteria for Assessing Interpretive Validity in Qualitative Research". Denzin & Lincoln: Handbook of Qualitative Research. London, Sage Publications.
- Augé M. (1994) Los no lugares. Gedisa, Barcelona.
- Balandier G. (1998): El Desorden. Barcelona, Gedisa.
- Barthes R. (1974): SIZ, an essays. New York, Hill & Wang.
- Benedict R. (1934): Patterns of Culture. New York: Holt, Rinehart and Winston Inc.
- Bernard R. (1989): Research Methods in Cultural Anthropology. London. Sage Publications.
- Boas F. (1928): Anthropology and Modern Life. New York: Norton.
- Briggs & Peat (1996): A través del maravilloso espejo del universo. Barcelona, Gedisa.
- Camacho J. (1998): "El método etnográfico". Repertorio Americano, No. 65. IDELA, UNA.
- Camacho J. & M. E. Pardo (1994): "Etnografía, epistemología y cualidad". Reflexiones No. 27. Fac. Ciencias Sociales, UCR-
- Capra F. (1985): El punto crucial. Madrid, Ed. Estaciones.
- Crick F. K. (1966): Of Molecules and Men. Seattle, Univ. Of Washington Press.
- Daston L. (1992): "Baconian facts, academic civility, and the Prehistory of objectivity". In A. Megil (Ed.) Rethinking Objectivity II. Annals of Scholarship, 2, (1-2).
- Denzin & Lincoln (1994): "Entering the Field of Qualitative Research". Denzin & Lincoln: Handbook of Qualitative Research. London, Sage Publications.
- Derrida, J. (1974): De la Gramatología. Buenos Aires, S. XXI.
- _____ (1989): La escritura y la diferencia. Barcelona, Anthropos.
- Dilthey (1976): Selected Writings. H.P. Richman (Ed.). England, Cambridge U. Press.
- Fox Keller E. (1990): "From secrets of life to secrets of death". S. Shuttleworth (Ed.) Body / Politics: Women in the Discourses of Science. New York, Routledge.
- _____ (1994): "La paradoja de la subjetividad científica". Fried Schitman Dora: Nuevos Paradigmas: cultura y subjetividad. Buenos Aires, Paidós.
- Gadamer H.G. (1975): "Teoría, técnica y práctica: la misión de una nueva antropología". Nueva Antropología (tomo 1). Barcelona, Edic. Omega.
- _____ (1984): Verdad y Método. Madrid, Sígueme.
- Geertz C. (1989): El Antropólogo como autor. Barcelona, Paidós.
- Geertz C. et al (1991): El surgimiento de la antropología posmoderna. México, Ed. Gedisa.
- Guevara M. (1989): La etnografía y los trabajos finales de Graduación. Departamento de Antropología. UCR. Inédito.
- Habermas J. (1981): "Modernity versus Postmodernity". New German Critique, Num. 21.
- _____ (1986): Connaissance et Intérêt. París, Gallimard.
- Hamilton (1994): "Traditions, Preferences and Postures in Applied Qualitative Research". Denzin & Lincoln: Handbook of Qualitative Research. London, Sage Publications.

- Joas (1990): "Interaccionismo Simbólico". Anthony Giddens et al: La Teoría Social Hoy. México, Alianza.
- Kirk & Miller (1986): Reliability and Validity in Qualitative Research. London, Sage Publications.
- Levi-Strauss C. (1968): Antropología Estructural I. Buenos Aires, Eudeba.
- Linton R. (ed.) (1945) : The Science of Man in the World Crisis. New York, Columbia University Press.
- Lyotard J.F. (1989): La Condición Posmoderna. Madrid, Cátedra.
- _____ (1992): La Posmodernidad. Barcelona, Gedisa.
- Malinowski (1927): Sex and Repression in Savage Society. London, Routledge.
- Mauss M. (1972): Obras Completas. Barcelona, Barral Eds.
- Mead M. (1928): Coming of Age in Samoa. New York: Morrow.
- _____ (1930) Growing up in New Guinea. New York: Morrow.
- Morin Edgar (1994): La noción de sujeto. Fried Schitman Dora: Nuevos Paradigmas: Cultura y subjetividad. Buenos Aires, Paidós.
- Morse (1994): Designing Funded. Qualitative Research. Denzin & Lincoln: Handbook of Qualitative Research. London, Sage Publications.
- Piaget J. (1986): Logique et Connaissance Scientifique. París, Gallimard.
- Popper K. (1985): La lógica de la investigación científica. Madrid, Tecnos.
- Prigogine I. (1994): ¿El fin de la Ciencia?. Fried Schitman Dora: Nuevos Paradigmas: cultura y subjetividad. Buenos Aires, Paidós.
- Rotman B. (1987): Signifying Nothing: The semiotics of Zero. Londres, MacMillan.
- Shapin S. (1984): "Pump and Circumstance: Robert Boyle Literary Technology. Social Studies of Science. (481-520).
- Shapin S. & S. Schaffer (1987): Leviathan and the Air Pump: Hobbes, Boyle and the Experimental Life. Princeton, Princeton U. Press.
- Spradley (1979): The Ethnographic Interview. New York. Holt, Rinehart & Winston.
- _____ (1980): The Participant Observation. New York, Holt, Rinehart & Winston.
- Vattimo (1985): La fine della modernità. Italia, Garzanti Editore.